

JOSEFINA CARVALLO

Universidad Loyola Andalucía

España-primer semestre de 2018



Se trató de una experiencia absolutamente fructífera en muchos aspectos de mi vida y me parece que, ante la posibilidad de vivirla, es una oportunidad que no se debe dejar pasar.

No obstante, se debe tener en cuenta desde el inicio que se trata de un proceso largo, que empieza mucho antes de subirse al avión que te va a llevar a ese lugar donde se entiende que todo valió la pena. En mi caso, a mitad del año pasado, comencé con las reuniones previas organizadas por la USAL. Al principio, y teniendo en cuenta mi voluntad primordial de irme a España, se me presentaron universidades y ciudades que yo ni siquiera conocía, entre ellas Córdoba, con su nueva universidad, Loyola Andalucía. Una vez que estuvieron elegidas mis principales opciones, comenzó un trabajo de análisis más profundo y arduo. Mi evaluación personal se asentó sobre dos pilares principales: el idioma en el que fueran impartidas las materias que me interesaban y, lo esencial, la posibilidad de que se reconocieran como equivalencias una vez que volviera a la Argentina.

Una vez que recibí la carta de aceptación de mi inscripción, el tiempo que me separaba de tomarme ese avión se pasó, literalmente, volando. Además de continuar con mi cursada del 2017, tenía que asistir a otras reuniones en las que se nos brindaba información acerca de lo que podíamos necesitar durante nuestro intercambio. También, tuvimos la posibilidad de conocer a otros en nuestra misma situación y por qué no, a aquellos con los que compartiríamos el lugar de destino. Así fue como conocí a las que serían mis futuras compañeras de piso, con las cuales entré en contacto rápidamente y nos pusimos a definir el lugar en el que viviríamos.

El miedo o, mejor dicho, la ansiedad inicial fue algo innegable. Por primera vez en mi vida, haría un viaje de tal magnitud, separada de mi familia. No sabía lo que era vivir por mi cuenta, aunque estaba deseosa por averiguarlo. Era mucho el tiempo, y era mucha la distancia. Pero, desde el comienzo, conté con un gran apoyo y con ciertas experiencias previas que me demostraron que lo desconocido no tenía por qué ser algo a lo que temer, sino que, incluso, podía abrirme muchas ventanas.

Se trató de una experiencia que me llenó. Me llenó de conocimientos, de anécdotas, de afectos, de nuevos puntos de vista. Y ahora, ya de vuelta en Buenos Aires, puedo asegurar que todo ese esfuerzo previo valió la pena. Estoy absolutamente agradecida por haber tenido esta oportunidad y me encantaría poder repetirla. Ya que otra cosa que es innegable es el sentimiento de nostalgia sana que queda en el pecho una vez que el avión vuelve a despegar.